

Una catequesis enraizada en lo social ¿Acaso no sabéis interpretar los signos de los tiempos? (Mt 16, 3)

Sebastián Mora Rosado
Universidad Pontificia Comillas

Introducción: Un mundo en emergencia

Estamos atravesando un tiempo distintivo. Una época en la que se acumulan los riesgos globales y, a la vez, se abren oportunidades inéditas. Vivimos en un mundo en emergencia en su doble acepción. Por un lado, se agolpan riesgos que amenazan diversos ámbitos de nuestra existencia con profundidad e intensidad. Riesgos de carácter planetario que presentan síntomas con una crudeza inusitada. Riesgos de carácter medioambiental, cada vez más patentes. Riesgos sociales de alcance global, como por ejemplo las migraciones y los desplazamientos forzados de personas. Riesgos económicos que nos hacen vivir en entornos extremadamente volátiles. Quizá el concepto que más adecuado para nuestra época es el de incertidumbre que expresa el acrónimo inglés VULCA (volátil, incierto, complejo y ambiguo).

Pero, por otro lado, nuestra época presenta posibilidades y oportunidades novedosas. A nivel tecnocientífico, observamos como los avances son exponenciales y muestran posibilidades importantes para la construcción del bien común (aunque también conlleven riesgos potencialmente altísimos). A nivel social, vemos como emergen nuevos movimientos sociales que anuncian y viven que otra forma de vida es posible. Movimientos que son auténticos “poetas de lo social”, como define el papa Francisco a los movimientos populares.

Pues bien, en este contexto de profunda ambivalencia e incertidumbre necesitamos recrear una catequesis que recorra un camino de doble dirección: «una dirección que está presidida por la pregunta qué aporta la religión a los problemas sociales (...) otra dirección, sin embargo, consiste en preguntarse qué aporta a las iglesias la cercanía a los problemas sociales (...) Mientras la primera tiene muchos apologetas (qué pueden hacer las Iglesias ante los problemas sociales) ya que se sitúa en la órbita de la preocupación por la identidad institucional, la segunda perspectiva (qué pueden recibir las Iglesias de los problemas sociales) se sitúa en un enfoque liberador y no necesita tanto de apologetas cuanto, de vigías de una humanidad rota, aunque para ello tenga que soportar dudas, cuestionar certezas e introducir perplejidades»¹.

Enraizarnos en lo social, no supone primariamente aplicar nuestra catedral simbólica a la realidad. Más bien, con actitud contemplativa, supone escuchar y sentir qué nos dice la realidad. Toda actitud pastoral comienza desde el *auditus temporis et alterius*². La realidad nos «primerea» y nos impulsa a convertirnos en profundos «oyentes de la palabra» (RANHER) para rastrear los murmullos de Dios en la historia. Estoy convencido que la catequesis está, como la fe, vinculada a la escucha. Abrahán padre en la fe, no ve a Dios, pero oye su voz³.

En un mundo tecnolíquido, precisamos de una «hermenéutica sólida» desde la Buena Noticia del Evangelio. Hermenéutica que nos haga fijar «los ojos en Jesús» (cf. *Heb 12, 2*) para recrear la historia. Dicha hermenéutica no se agota en la comprensión de lo social, pero tiene su comienzo en ella. En esta primera ponencia, voy a plantear una serie de escenarios sociales que afectan a nuestra pastoral catequética. No son ámbitos elegidos al azar, pero no representan la totalidad de la realidad social.

¹ J. GARCÍA ROCA, «Cuatro apelaciones a las religiones» en *Iglesia Viva*, (187 - 1997), pp. 75-76.

² J. S. BÉJAR BACAS, «Método teológico y credibilidad del cristianismo» en *Theologica Xaveriana*, 64 (177 - 2014), pp 25-58.

³ LF, n. 8.

1. Un mundo bajo la «cultura de la indiferencia»

Una catequesis enraizada en lo social, a la escucha de la realidad y del otro, tiene que hacerse cargo de la realidad. Tiene que comprender la realidad para poder encargarse de ella. Voy a proponer varios escenarios y ámbitos de la realidad que nos ayuden para poder proponer una catequesis encarnada en la realidad de nuestro mundo.

Nuestra aproximación interpretativa brota desde la *opción preferencial por los pobres*: «Esta es una opción o una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes. Pero hoy, vista la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social, este amor preferencial, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor»⁴.

Principio que está fundado, como afirmó Benedicto XVI y ha repetido el papa Francisco⁵, en nuestra propia fe cristológica: «la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en el Dios que se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Cor 8, 9)». Los procesos elegidos, los criterios de interpretación y las categorías utilizadas quieren situarse desde esta «lugar teológico».

2.1 Exclusiones y descartes: la lógica de la expulsión (Sassen)

El papa Francisco afirma que vivimos en la *cultura del descarte*. «Hemos dado inicio a la cultura del “descarte” que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión

4 SRS, n. 42.

5 EG, n. 196.

queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”»⁶.

Ya no se trata de pobreza y explotación. Estamos hablando de personas expulsadas, silenciadas y olvidadas. Personas que en la lógica del desarrollo económico quedan arrojadas a las periferias de nuestro mundo.

La evidencia de los análisis de la realidad muestra un incremento intenso de la vulnerabilidad social en todos los ámbitos. Pero, más allá del aumento cuantitativo, que como muestra el último informe Foessa, a nivel estatal⁷, es de una proporción impresionante, estamos viviendo un proceso de incremento de la vulnerabilidad *estructural*. Vulnerabilidad que lejos de ser un síntoma coyuntural es un elemento estructural del modelo social y económico que hemos construido y estamos desarrollando. Aunque es cierto que la pobreza y la exclusión afecta cada vez a más personas y capas sociales, no podemos olvidar que dicha vulnerabilidad impacta más enérgicamente a los más frágiles desde un punto de vista social.

Esta dimensión estructural de la exclusión está llevando de una situación estructural de explotación a una *posición estructural de irrelevancia* a un sector importante de la población mundial. Posición de irrelevancia que no es inevitable, sino que responde a una lógica inmoral.

Como nos recordaban nuestros obispos en la Instrucción pastoral, *Iglesia servidora de los pobres*: «Aspectos como la lucha contra la pobreza, un ideal compartido de justicia social y de solidaridad –que deberían centrar nuestro proyecto como nación–, se sacrifican en aras del crecimiento económico. Tanto el diagnóstico explicativo de la crisis como las propuestas de solución provenientes de la política económica se nos han presentado en un marco de funcionamiento económico inevitable, cuando, en

6 EG, n. 53.

7 G. FERNÁNDEZ MAILLO, VIII Informe Foessa. *Sobre la exclusión y el desarrollo social en España* (Cáritas-Foessa, Madrid 2019).

realidad, ha sido el comportamiento irracional o inmoral de los individuos o las instituciones la causa principal de la situación económica actual» (n. 20)

Saskia Sassen⁸ utiliza el término *expulsión* para precisar los procesos que están construyendo la condición de irrelevancia de muchos hermanos y hermanas nuestras. Hay una primera actitud catequética que apela a nuestra *condición de vigías*. «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos» (Éx 3, 7) ¿Hemos visto, oído y sentido la realidad de la opresión y expulsión de nuestros hermanos y hermanas?; ¿tenemos un corazón misericordioso, como el de Dios, que sabe reconocer el sufrimiento de su pueblo?

2.2 Las encrucijadas de la ética: «banalidad del mal» (Arendt)

El papa Francisco alerta sobre la *globalización de la indiferencia*. Nos dice que «casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera»⁹.

Una globalización de la indiferencia que nos hace sordos y ciegos frente a la realidad y el drama que viven millones de personas. Como dice Zubero¹⁰ hemos caído en la *banalización de la injusticia* vaciando de carácter ético-moral el sufrimiento de las personas víctimas de la exclusión y la pobreza.

Estamos logrando construir una sociedad fría y distante del sufrimiento de las personas sobrantes, en tanto, que exaltamos el

8 S. SASSEN, *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global* (Katz, Madrid 2015).

9 EG, n. 54.

10 I. ZUBERO, «Victimización y trabajo» en J. A. Zamora, R. Mate & J. Maiso (Eds.), *Las víctimas como precio necesario* (pp. 131-152) (Trotta, Madrid 2016).

sufrimiento propio. Adorno (1975) en su *Dialéctica Negativa* se refería a la frialdad como un principio básico sin el cual no hubiera sido posible Auschwitz. Lo que verdaderamente sustenta la injusticia es no dejarse tocar por ella. Lo que respalda la expulsión de pueblos y personas es construir un muro de indiferencia. Lo que legitima, sin rubor ni temblor, el hundimiento de la dignidad de los frágiles es experimentar el mundo con ánimo neutral.

Primo Levi, en *Si esto es un hombre*¹¹, apuntaba que los monstruos existen pero que son demasiado pocos para ser verdaderamente peligrosos; y añadía que son más peligrosos las personas comunes que acaban siendo meros espectadores de la barbarie, «banalizando el mal» (ARENDR) hasta el extremo. Son los «monstruos normales»¹² los que acaban legitimando las situaciones ordinarias y extraordinarias de la barbarie. Hay una «zona gris, donde los espectadores se exponen al peligro de hacerse cómplices del mal y convertirse en autores»¹³.

Aquí tenemos una segunda actitud catequética que apela a nuestra *estimativa moral*. Nos deberemos preguntar como Job, «¿No lloré con el oprimido, no tuve compasión del pobre?» (*Job* 30, 25). Compasión que no puede ser mero sentimentalismo inocuo sino compromiso responsable que brota de las entrañas de lo humano.

2.3 Un mundo hiperconectado e hiperinformado: «El enjambre digital» (Han)

Vivimos en un mundo que «ya» es digital. Este mundo virtual seguirá creciendo, en profundidad y en nuevas aplicaciones para la vida diaria, la ciencia y la economía. Aplicaciones que nos dejan perplejos y atónitos por su capacidad de transformar realidades y reconstruir relaciones.

Una de las características esenciales de este mundo digital es su hiperconectividad e hiperinformación. Sin embargo, este mundo

11 P. LEVI, *Trilogía de Auschwitz* (Austral, Barcelona 2018).

12 T. W. ADORNO, *Dialéctica negativa* (Taurus, Madrid 1975).

13 Z. BAUMAN, *La ciudad sitiada* (FCF, México 2004) 248.

de información infinita y conectividad absoluta no siempre arroja luz para construir una humanidad más plena. «Un aumento de información y comunicación no esclarece por sí solo el mundo (...) la masa de información no engendra ninguna verdad. Cuanta más información se pone en marcha, tanto más intrincado se hace el mundo. La hiperinformación y la hipercomunicación no inyectan ninguna luz en la oscuridad»¹⁴.

La misma hiperinformación nos sumerge en un estadio de *ignorancia informada*, en la que viviendo saturados de información, sin embargo, nos constituimos en *idiotas morales* (BILBEY). Podemos ganar en acumulación de conocimiento, pero perdemos hondura en nuestra sabiduría. El mundo digital es una mina infinita de conocimiento que no podemos despreciar. Más bien, debemos apreciarla y utilizarla. El asunto es con qué filtros nos acercamos a este atrayente y complejo mundo digital. La cuestión es como transitar del *BigData* (infinidad de datos) al *SmartData* (dato inteligente). Todo el fenómeno de las *fake news* está sustentado en una falta de hondura moral de las personas y posibilitado por un instrumento que permite amplificar de manera global e instantánea la información, sea esta verdadera o falsa.

Además, este mundo hiperconectado nos hace estar en permanente sensación de cercanía y proximidad. Como bien dice el papa emérito Benedicto XVI, «la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos»¹⁵. Como nos advierte Han «los habitantes digitales de la red no se congregan. Les falta la intimidad de la congregación que produciría un nosotros. Constituyen una concentración sin congregación, una multitud sin interioridad, un conjunto sin interioridad, sin alma o espíritu»¹⁶.

¿Qué significado tiene para nosotros, desde el ámbito catequético, hablar de una «concentración sin alma» o una «multitud sin interioridad»¹⁷?, que ha sido uno de los autores más críticos con esta nueva relacionalidad o tecno-relacionalidad líquida,

14 B. HAN, *En el enjambre* (Herder, Barcelona 2014) 79-80.

15 CV, n. 19.

16 B. HAN, *En el enjambre*, o.c. 28.

17 Z. BAUMAN, *Modernidad líquida* (3rd ed.) (FCE, Argentina 2004).

afirma que las conexiones digitales no pueden sustituir los aspectos antropológicos esenciales de la relacionalidad analógica. El mundo digital ayuda y potencia la conectividad, pero no genera encuentro en su sentido más profundo.

«Nuestra práctica catequética está centrada en el ámbito comunitario. La comunidad asienta nuestra fe, fortalece nuestras dudas y da un significado nuevo a nuestra vivencia personal. No hay fe, propiamente dicha, sin una comunidad de sentido, sin una comunidad creyente que la sustente»¹⁸. Por eso, aquí aparece una tercera actitud catequética. No hay posibilidad de una «voz viva» (*Katéchesis*) sin estar atravesada por la experiencia del *encuentro comunitario*. La práctica catequética, hoy más que nunca, es práctica de encuentro comunitario. Necesitamos congregaciones con alma e interioridad que nos constituyan en pueblo de Dios en camino. «Vosotros seréis mi pueblo, yo seré vuestro Dios» (*Jer 30, 22*).

2.4 Las debilidades de la política: el precariado político (Fernández-Alberto)

Al final del siglo XX elogiábamos la extensión que la democracia estaba adquiriendo en el mundo. Se denominó, con cierto espíritu optimista, la tercera ola de democratización¹⁹ y, sin embargo, el siglo XXI se está convirtiendo en una peligrosa «vuelta al puño de hierro»²⁰. Incluso en países que han sido maestros en democracia parece haberse instalado un virus antidemocrático letal. Los llamados *gobiernos impolíticos* de muchas democracias consolidadas (por ejemplo: Trump en EE. UU o Johnson, en Gran Bretaña), y la existencia de múltiples estados fallidos (por ejemplo: República Centroafricana, Yemen, Somalia, etc) muestran la compleja realidad política que vivimos.

Vivimos tiempos de una política frágil, precaria y compleja²¹. Por un lado, vivimos bajo una profunda *desafección política*. La sociedad civil se siente fatigada y hemos construido una democracia

18 S. MORA, «La pastoral en las fronteras de la fe» en VV. AA. (Ed.), *La pastoral en las fronteras de la fe* (pp. 137-164) (Verbo divino, Estella 2017).

19 S. P. HUNTINGTON, *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century* (University Press, Norman 1993).

20 Los informes «Freedom in the world» comenzaban el siglo con el título *Discarding Democracy: A Return to the Iron Fist* (2015).

21 D. INNERARITY, *La política en tiempos de indignación* (3ª edición ed.) (Galaxia Gutemberg, Barcelona 2015) y D. INNERARITY, *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI* (Galaxia Gutemberg, Barcelona 2020).

sin *demos*²², una democracia sin pueblo, un modelo de gobernanza sin ciudadanos. Cuando la democracia pierde el *demos*, acaba erosionándose su dimensión ética y la ciudadanía perdemos nuestra identidad ética-política.

Además, y yo diría que paradójicamente, de una democracia sin *demos* hemos transitado a una democracia *sin política*²³. Es decir, acabamos enalteciendo un mero procedimiento formal sin referencia a valores sustantivos. Los procedimientos se convierten en polarizaciones de mayorías sin referentes normativos. Más que una crisis democrática, en el sentido de participación representativa, estamos viviendo una insolvencia manifiesta para edificar espacios públicos de deliberación sustantiva. En palabras de Innerarity en nuestras sociedades «lo que no va tan bien es la política, es decir, la posibilidad de convertir esa amalgama plural de fuerzas en proyectos y transformaciones políticas, dar cauce y coherencia política a esas expresiones populares y configurar el espacio público de calidad donde todo ello se discuta, pondere y sintetice»²⁴.

Desde este horizonte político, intensificado por las condiciones de desigualdad y exclusión, está surgiendo no solo un precariado social, sino también un *precariado político* que siente cada vez de manera más notoria que su voz no cuenta para los asuntos públicos. La complejidad en los procesos de gobernanza y los procesos de incremento de la desigualdad están generando la aparición de un precariado político que se siente al margen del espacio público²⁵. El VIII Informe Foessa²⁶, presentado hace unos meses, lo dibuja con una nitidez clara. Las personas excluidas están al margen de la democracia. Hay barrios populares con una abstención mayor al 70%. Esto significa que sus demandas no son escuchadas, son silenciadas, o más bien, son absolutamente ignoradas porque no ejercen presión sobre las estructuras políticas. Precariado político y precariado social, en sociedades frágiles, se dan la mano construyendo un escenario de expulsión profunda.

22 V. CAMPS, *El declive de la ciudadanía. La construcción de una ética pública* (PPC, Madrid 2010).

23 D. INNERARITY, *La política en tiempos de indignación* (3ª edición ed.) (Galaxia Gutenberg, Barcelona 2015).

24 *Ibíd.*, p. 215.

25 J. FERNÁNDEZ-ALBERTOS, *Antisistema. Desigualdad económica y precariado político* (Los libros de la catarata, Madrid 2018).

26 G. FERNÁNDEZ MAILLO, VIII Informe Foessa. *Sobre la exclusión y el desarrollo social en España* (Cáritas-Foessa, Madrid 2019).

Nos volvemos a encontrar con una cuarta apelación para nuestra orientación catequética. En nuestra sociedad, formalmente democrática, nuestra práctica catequética tiene que ser dialogante, deliberativa y sustantiva. No se trata de compartir pautas cerradas sino de educar para el *dialogo deliberativo*. Hoy más que nunca la «Iglesia debe hacerse diálogo»²⁷ para ser significativa en su mensaje. El diálogo no rebaja los principios, sino que los pone en acción desde la hospitalidad hermenéutica (RICOEUR) que brota de la fe. Además, tendrá que *tender puentes*, como incansablemente nos reitera el papa Francisco, con todas las personas que están quedando al margen de los procesos y procedimientos políticos. De manera sintética, podemos afirmar que la catequesis es un espacio que debe potenciar *dinámicas dialógicas que edifiquen puentes y derriben muros*. Dicha aspiración es actitud, método y contenido de nuestra fe.

2.5 La búsqueda de «espiritualidad»: nuevas cartografías de la interioridad

García-Baró caracteriza la situación espiritual de nuestra época como la de un «nihilismo de masas» que planta su «ateísmo interior» en el mismo creyente. Parece que la sociedad del espectáculo nos domicilia en la superficialidad y nos instala en lo insignificante como condición epocal. El contexto espiritual de nuestro tiempo nos empuja a huir de lo profundo para desplegar nuestra vida en un parque temático saturado de experiencias efímeras y de intensidad fugaz. Llegamos a confundir hondura con mera emotividad o impacto sentimental.

Este horizonte espiritual confirma una «nueva barbarie» en nuestro mundo. Hemos perdido la capacidad de experimentar a nosotros mismos (Michel Henry), a los otros y, por lo tanto, al Otro. La agitación y aceleración nos tiene todo el día corriendo sin saber hacia dónde. Por otro lado, el ruido interior y exterior nos asalta por todos lados a nuestras existencias. Una sociedad que carece de reposo y de silencio es una sociedad sin adentros y sin profundidad de sentido. La *sociedad del cansancio* (Han)

27 cf. ES, n. 34.

no puede parar y tomar distancia para vehicular significado social y sentido antropológico.

Sin embargo, empieza a emerger una corriente profunda en nuestra sociedad que apela a la interioridad; a la búsqueda de quietud y silencio; a la exploración de hondura y profundidad que están proponiendo nuevas cartografías del alma. Algunas de inspiración oriental; otras rescatando tradiciones cristianas y algunas basadas en corrientes psicológicas de diverso alcance. Sin duda, hay un anhelo de profundidad, interioridad y espiritualidad.

Una cuestión clave para comprender la demanda creciente de espiritualidad es comprender que la espiritualidad no es solo patrimonio de las religiones. Y, evidentemente, tampoco es patrimonio del catolicismo. Como bien dice Fourez: «la vida espiritual no concierne solo a las personas que perciben una dimensión religiosa en la existencia...Me parece que ya va siendo hora de que los creyentes en Dios dejen de pretender que son los únicos que tienen acceso a una experiencia espiritual. La vida espiritual es patrimonio de toda la humanidad»²⁸. Por ello, hay que celebrar que se estén abriendo grietas en un mundo cerrado sobre sí mismo, ensimismado en la superficialidad y anclado en la pura inmanencia.

Es evidente, en este contexto, que hay un riesgo de *neo-gnosticismo*, tal como lo definía la carta *Placuit Deo* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, presentando la salvación como un dinamismo puramente interior quedando encerrada en un mero subjetivismo²⁹. Alrededor de la experiencia espiritual en los contextos actuales podemos hacer más *mitología* que *mistagogía*. Existe una narrativa psicologizante y desencarnada que nos aleja del «fondo y de lo hondo» (Teresa de Jesús) de la realidad³⁰. En este sentido, también los obispos españoles, en el documento de la Comisión de Doctrina de la fe, *Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (Sal 42, 3). Orientaciones doctrinales sobre la*

28 G. FOUREZ, *La fe como confianza. Aliento para construir una historia nueva* (Sal Terrae, Santander 2003) 57.

29 Cf. PD, n. 2-3.

30 S. Mora, «Descubrir la belleza en los rostros desfigurados», en C. Martínez (Ed.), *La vida consagrada tras las huellas de la belleza* (pp. 201-216) (Ediciones claretianas, Madrid 2017).

oración cristiana, señalaban: «en este contexto no pocos sienten un deseo acuciante de silencio, serenidad y paz interior. Estamos asistiendo al resurgir de una espiritualidad que se presenta como respuesta a la «demanda» creciente de bienestar emocional, equilibrio personal, disfrute de la vida o serenidad para encajar las contrariedades...; una espiritualidad entendida como cultivo de la propia interioridad para que el hombre se encuentre consigo mismo, y que muchas veces no lleva a Dios» (n. 2).

Por ello, emerge una última apelación a nuestro desarrollo catequético. Una catequesis, en las condiciones de aceleración, ruido y superficialidad, debe construir condiciones de posibilidad para la quietud, la hondura, el silencio. Y, además, desde la emergencia y anhelo de interioridad que aparece en nuestras sociedades, la práctica catequética, tiene que presentar la rica tradición cristiana que ahonda en el rostro del Dios de Jesucristo.

Conclusión

He ofrecido algunos fogonazos para poder comprender la realidad e iluminar nuestra práctica catequética. Ha sido solo algunos trazos de un mundo que cada vez se presenta con una complejidad mayor.

La cultura del descarte; la banalidad de la injusticia; el enjambre digital de la hiperinformación e hipercomunicación; la precariedad política y las nuevas cartografías de la interioridad presentan retos y oportunidades para mostrar el Rostro del Dios vivo. Un Rostro que es pura Misericordia y que solo seremos capaces de anunciarlo desde la práctica de la misericordia en los contextos líquidos e injustos que nos tocan vivir.